

COMPENDIO DEL CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

Nº 56 ¿Cómo colabora el hombre con la Providencia divina?

Monseñor José Ignacio Munilla

(Transcripción aproximada del audio)

Número 56 del Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica:

¿Cómo colabora el hombre con la Providencia divina? (307-308; 323)

Dios otorga y pide al hombre, respetando su libertad, que colabore con la Providencia mediante sus acciones, sus oraciones, pero también con sus sufrimientos, suscitando en el hombre “el querer y el obrar según sus misericordiosos designios” (Flp 2, 13).

¿Cómo es esa colaboración? Decíamos en el punto anterior que Dios tiene una Providencia que cuida de nosotros, pero decir que cuida de nosotros no quiere decir que nosotros tengamos que ser meramente pasivos, también tenemos que colaborar activamente con los dones que Dios nos ha dado. Y entonces ¿cómo se encuentran esa asistencia de Dios, ese concurso de Dios y esa libertad, esa autonomía del hombre? ¿cómo se compagina? En primer lugar afirmamos una cosa: que es una misericordia de Dios el que nos permita colaborar con él, a ser activos y no meramente pasivos. Alguien dijo ¿qué es más: hacer o hacer hacer? Sin duda alguna es más, hacer hacer. Dios no sólo hace, Dios no sólo crea, sino que además nos da la capacidad también de ser copartícipes.

Decía Benedicto XVI que el hombre es, de toda la creación, la única criatura que además de ser criatura también lo compagina con ser creador; es creador y criatura porque participa también de Dios. Dios le ha dado la capacidad de crear, no de la nada ciertamente, pero sí de tener un ingenio y una capacidad transformadora del mundo. Por tanto es más hacer hacer y eso es lo que Dios nos ha hecho, Dios nos ha dignificado. Hemos visto a veces escenas de un niño pequeño que aprende y cuando se le enseña a hacer las cosas por sí mismo dice, ‘Déjame papá, quiero demostrarte como yo mismo soy capaz de coger la cuchara’. En ese momento, ese hacer hacer, pese haberle dado los dones para que él mismo pueda desarrollarlos es un signo de máxima dignificación.

Y ¿de qué manera se encuentran la acción de Dios que nos ayuda a hacer y la libertad del hombre? Nosotros que somos así, de mentalidad tan, digamos, matemática ¿qué tanto por ciento de las acciones que tenemos nacen de la gracia de Dios que nos sostiene, y qué tanto por ciento nacen de nuestro concurso con nuestra libertad? ¿50-50? ¿80-20? ¿30-70? Obviamente no se puede responder en esos parámetros. Habría que decir, las obras que realizamos son 100% obras de Dios y 100% obras nuestras, porque ambas cosas acontecen en dos niveles sin que uno anule al otro. Dios nos da la gracia para obrar y eso no anula nuestra libertad en esa acción. Y siendo plenamente nuestra la obra que hacemos, al mismo tiempo es de Dios. Yo, por ejemplo, estoy explicando este punto de Catecismo, es una obra que, en cierto sentido, es plenamente mía lo que estoy explicando, pero también

es plenamente asistida. En todo lo que hacemos está concurriendo la gracia de Dios, que nos permite realizar las obras, y nuestro concurso libre que Dios nos ha dado.

Por ello, es tan importante ser dóciles a la acción de Dios y desarrollar todos los talentos tal y como él nos los ha dado: las oraciones que hacemos, las acciones que hacemos, los sufrimientos que tenemos (que también los incluye aquí como parte de esa Providencia). El texto que aquí se refiere es Filipenses 2, 13: Dios suscita en el hombre *“el querer y el obrar según sus misericordiosos designios”*. El designio de misericordia es que nosotros desarrollemos ese querer, desarrollemos ese obrar con las capacidades que Dios nos ha dado. Es por tanto un misterio, ¿cómo expresar esto? Recuerdo haber visto cómo un maestro de vida espiritual estaba intentando explicar esto y se le ocurrió servirse de esa imagen de la mano de un padre que coge los dedos pequeños desde su hijo que está aprendiendo a escribir, ese niño tiene un lápiz, pero los dedos del padre están cogiendo los dedos del niño por encima, los está envolviendo, y él está escribiendo, el niño mueve la mano pero al mismo tiempo el padre mueve la mano de su hijo que por propia iniciativa ya ha comenzado a moverla.

Bueno, es la imagen de una mano que mueve a otra para escribir. Obviamente es un ejemplo imperfecto pero es un ejemplo que nos abre al misterio. En las obras que hacemos, Dios nos está moviendo. Dios nos da el existir, el actuar, nos da la capacidad de cooperar con él, de ser causa de otras obras. La última causa de nuestras obras está en Dios, pero al mismo tiempo Dios nos permite ser causa de otras obras en los demás. Es el misterio de la plena integración de Dios en sus criaturas y de esa manera se entiende cómo la Sagrada Escritura expresa que Dios lo será Todo en todos, y estamos en ese designio de plena colaboración con la divina Providencia.